



—Les pido que en estas dos horas confíen en mí y podamos hacer juntos ejercicios de escucha y conversación —me dirijo a los asistentes del taller para reporteros populares entre 13 a 41 años de edad en la Casa Somos de Tumbaco.

Miro a los ojos a Eduardito cruzado de brazos y casi dado por vencido y a Ana, y a todos les doy un fuerte apretón de manos. Formamos un círculo y pido:

—Cierren los ojos. Respiren hondo y exhalen. ¿Cómo serían cada uno de ustedes si fueran un árbol, de qué altura y follaje? ¿Cómo serían si fueran un océano o una montaña? —Conduzco este momento de introspección hasta lograr que se conviertan en aves y abran los brazos como si fueran alas. —Y ahora que son aves y vuelan alto, pido bajen hasta la tierra, a este salón en medio de una plaza de Tumbaco y puedan abrir sus ojos y conversar con otros seres que también pueden volar igual de alto.

Este ejercicio da buenos resultados. Al cabo de dos horas, los más jóvenes y los más grandes intercambian historias sobre sus abuelas y abuelos. Algunas de esas historias son tristes y otras muy graciosas. En particular, la historia de la radialista comunitaria de 41 años nos lleva al diario imaginario de una niña que disfruta del paseo dominical con su abuelo. Justo ahí, en la plaza de Tumbaco, la pequeña nieta escucha:

—Nunca olvides que siempre puedes alcanzar las frutas del árbol —el abuelo, gran árbol de ternura, abraza a Paty y todos en el salón sentimos la presencia de un ancestro que cuida.



Fotografía: Josué Araujo

Para escribir crónicas que guardan memorias de lucha y resistencia, recorro a los géneros periodísticos por excelencia como la noticia, reportaje, entrevista, perfil, y a los llamados “marginales”: anécdota, diario, nota, entre otros. Imagino que puedo construir una carta de navegación de una comunidad a través del testimonio y la experiencia personal de un protagonista.

Mujeres, niños, adultos mayores, migrantes y otros grupos vulnerables son las voces que elijo para levantar la constelación y guiar mi embarcación a través de la oscuridad y el mar como hacían los antiguos navegantes.

Escribo este fragmento de una carta de navegación en la Historia desde las intermediaciones del espumoso y contaminado río Machángara, mirando por una ventana de la ex fábrica textil ‘La Industrial’ en el barrio obrero de Chimbacalle, en la avenida Maldonado, una calle de mil años. Desde este sector partieron varias huelgas de obreros cuando se trabajaba seis días a la semana por turnos de hasta 16 horas hacia la plaza Grande.

Este año, el pueblo Kitu Kara y movimientos sociales presentaron una acción de protección ante el Juez Constitucional de Pichincha. La medida busca salvaguardar los derechos del río Machángara y de las 54 quebradas que lo alimentan. La calidad del agua presenta un preocupante 2% de oxígeno disuelto en algunos de sus tramos, muy por debajo del mínimo necesario para el consumo animal y vegetal. Además, se registra una alarmante presencia de aceites y grasas, así como la identificación de al menos 29 familias virales en sus aguas.

Para contar historias de alto impacto para nuestra sociedad, no necesitamos ir a la guerra. Basta con voltear a ver por la ventana, escuchar a los vecinos del barrio, preguntarse de dónde viene el agua y los alimentos que sostienen a la capital. Este es el periodismo que la sociedad demanda con urgencia para prevalecer como granos de una misma mazorca.■

por **Gabriela Ruiz Agila**
Escritora y periodista